

**Cartas a mi madre.** De Sylvia Plath. Barcelona: Grigalbo, Col. El Espejo de tinta, 1989. Traducción de Montserrat Abelló y Mireia Bofill. (403 pág)

**The haunting of Sylvia Plath.** De Jaqueline Rose. Cambridge: Harvard University Press, 1992. (288 pág)

Sorprende la extrema lucidez de la escritora norteamericana cuando escribió: "Creo que debe irse al fondo de las cosas y hacer frente a la realidad, en vez de rehuirla" (carta del 25 de octubre, 1962). Sin embargo, ella rehuía en 1963 la vida.

La publicación de una parte de la correspondencia íntima que Sylvia Plath mantuvo con su madre, Aurelia Schober Plath, a partir de su ingreso en el Smith College (1950), evidencian algunas de las incongruencias que acabaron con "esa capacidad increíble de conocimiento que tengo" (carta del 9 de mayo, 1956).

El hecho de que Sylvia Plath no pensara en la publicación posterior de estas Cartas contrasta con la decidida voluntad de ser una escritora: "mi afán de escribir -de expresarme en letra de imprenta-, que para mí representa la auténtica salud" (carta del 24 de febrero, 1957), y además, una escritora famosa: "estoy escribiendo los mejores poemas de mi vida; llevarán mi nombre a la fama" (carta del 16 de octubre, 1962).

A ese afán puede sumarse el "ideal de ser una buena profesora, estar escribiendo un libro al mismo tiempo y ser una buena esposa y cocinar" (carta del 5 de noviembre, 1957). Pero ese ideal dejó de serlo para dar paso a "the haunting" ( que da título al libro de Jaqueline Rose), a un impulso obsesivo concretado en el éxito, la superación y la perfección que iba más allá del modelo de la "chica americana" que, según las revistas femeninas de los años 50, consistía en la mujer esposa y madre. En el caso de Sylvia Plath el ideal era otro, muy distinto: "Seré una de las pocas poetisas en el mundo completamente feliz de ser mujer, no una de esas amargadas y frustradas, retorcidas imitadoras de hombres, que en su mayoría acaban

destrozadas" (carta del 26 de mayo, 1956); o "Quiero que mis poemas sean el más clamoroso himno de mujer a las fuerzas de la naturaleza y al íntimo placer de amar y ser amada; éste será mi canto (carta del 8 de octubre, 1956). Y para conseguirlo: "Sólo hay que trabajar duro y vivir dedicados al arte de escribir, y al mismo tiempo mantenernos mentalmente vivos" (carta del 10 de mayo, 1957).

Sylvia Plath estuvo siempre movida por un alto grado de responsabilidad, exigencia, insatisfacción y conciencia del deber. A través de las Cartas se nos muestra como la personificación del esfuerzo y de la autoperfección que devienen autodestrucción. Entonces reconoce: "No puedo ir a ninguna parte con los niños y estoy enferma psíquicamente" (carta del 16 de octubre, 1962); o en tono recriminatorio dice: "¡No me digas que el mundo necesita cosas alegres!" (carta del 21 de octubre, 1962). De la efusividad al desvalimiento.

Hasta qué punto lo que leemos es real y sincero no interesa tanto como percatarnos de que la presencia de Aurelia Plath en las Cartas aumenta la complejidad y pluridimensionalidad de Sylvia Plath. Lo que la correspondencia nos ofrece es una visión parcial, una imagen obsesiva manifiesta a través de la relación madre-hija, y que trasciende, como ha señalado Jaqueline Rose, la aureola mítica que imide valorar su figura humana y literaria.

Diffícil me resulta, ahora, no estremecerme cuando leo: "En Irlanda espero recobrar, quizás el espíritu y en Londres, en otoño, el cerebro, y puede que, en el cielo, recupere mi corazón" (carta del 9 de octubre, 1962; firmado únicamente con la inicial S.).

*Mar Córdoba*